

El partido nazi en los años centrales de la República de Weimar (1925-1930). Un comentario crítico

Ferran Gallego

Universidad Autónoma de Barcelona

A los cincuenta años de la derrota de Alemania en la segunda guerra mundial, podría pensarse que el ingente volumen de producción historiográfica dedicada al nazismo ha resuelto las principales cuestiones a considerar. En efecto, tanto los historiadores alemanes como los del ámbito anglosajón han cubierto muy diversos ángulos de análisis, desde excelentes estudios generales hasta los de carácter sectorial o regional, hasta el punto de que resultaría complicado adentrarse en un estado de la cuestión que no fijara límites cronológicos muy poco ambiciosos. No obstante, la mayor parte de la investigación se ha centrado en el Tercer Reich, siendo relativamente escasos los textos dedicados al periodo comprendido entre la refundación del partido nazi y la gran expansión electoral de 1930¹.

Este ensayo nace de la insatisfacción por algunas ideas que, de manera más o menos matizada, se han ido fijando en la historiografía sobre lo que los nazis llamaban el *Kampfzeit* o tiempo de lucha. Me refiero, en primer lugar, a la visión teleológica de la evolución del movimiento hitleriano, cuyas oscilaciones obedecerían sólo a pequeños ajustes de coyuntura. En segundo lugar, pienso que debe corregirse la realización de una historia demasiado interna del nazismo, que ha atendido poco a los cambios del tejido social en el que actuaba, y que ha menospreciado una correcta periodización de la historia republicana, cuya trivialización hace incomprensible el éxito electoral de 1930. En tercer lugar, quisiera establecer alguna hipótesis sobre las

¹ Por citar tan sólo los textos de síntesis, existen algunos trabajos ya antiguos, pero que continúan siendo de gran utilidad acerca del periodo previo a la toma del poder. Véase, por ejemplo, el de D. Orlow, *The History of the Nazi Party, 1919-1933*. Pittsburgh, 1969; también, la primera parte de K.D. Bracher, *La dictadura alemana*. Madrid, 1973 (edición alemana de 1969). Son imprescindibles los estudios regionales de G. Pridham, *Hitler's rise to power. The Nazi movement in Bavaria, 1923-1933*. Londres, 1973, y de J. Noakes, *The Nazi Party in Lower Saxony, 1921-1933*. Oxford, 1971. Dos excelentes trabajos de síntesis más recientes son los de M. Broszat, *Hitler and the collapse of Weimar Germany*. Oxford, 1987, y de C. Fischer, *The rise of the nazis*. Manchester, 1995. Muy recomendables son las ediciones de diversos estudios sobre el *Kampfzeit* dirigidas por dos de los más destacados estudiosos del nazismo y de la República de Weimar: P. Stachura, *The Nazi Machtergreifung*. Londres, 1983, y Th. Childers, *The formation of the Nazi constituency, 1919-1933*. Londres, 1986.

correcciones de percepción del nacionalsocialismo por parte de la población alemana durante el periodo reseñado, lo cual implica continuar un debate sobre la naturaleza original del nazismo, a fin de comprender el trasvase de votos de 1930 y, en definitiva, proyectar las consecuencias sobre los años siguientes.

La refundación del NSDAP

Es bien sabido que, poco después de la salida de la cárcel de Landsberg, Adolf Hitler refundó el Partido Nazi sobre la base de dos criterios estratégicos renovadores: por un lado, la fijación de la autonomía del partido dentro del movimiento socialracista; por otro, la aceptación de los métodos de lucha legal y, especialmente, la contienda electoral, como forma de alcanzar el poder. Con todo, pienso que merece recalcar el carácter rupturista de ambos factores, sobre todo del primero de ellos, tal vez porque la historiografía clásica ha puesto de relieve la aceptación de la vía parlamentaria y la renuncia a la consideración del nazismo como un movimiento sustancialmente paramilitar, sin tener demasiado en cuenta de qué manera ambos factores -el carácter no autónomo del partido y la opción golpista- estaban estrechamente entrelazados en los tiempos previos al putsch de Munich. Además, la forma en que se ha destacado la voluntad de autonomía de Hitler desde el inicio mismo de su elevación a la jefatura del partido ha podido crear alguna visión anacrónica que explica la escasa importancia prestada a la afirmación de camino en solitario que supuso la refundación del NSDAP. Lo que se modificó en 1925 fue la concepción del nazismo como un componente más de la cultura política *völkisch*², en la cual se integraba a la manera de un ala más obrerista, con una visión organizativa de carácter movimentista y paramilitar, que incluía la subordinación de las fuerzas de choque propias a asociaciones suprapartidistas³. Esta concepción implicaba actuar en un espacio político muy bien delimitado, que excluía la acción parlamentaria en la misma medida en la que consideraba secundaria la autonomía del NSDAP. El golpe de 1923 fue, en su planteamiento y desarrollo, un resultado directo de esta opción, cuyo fracaso no

² Utilizaremos este término intraducible para referirnos al nacionalismo de base racial. Sobre su evolución y significado, véase el libro de J. Hermand, *Old dreams on a new Reich. Völkish utopias and National Socialism*. Bloomington, 1992. Para el periodo que nos ocupa, pp. 102-155.

³ Un texto clásico sobre las fuerzas paramilitares es el de R. Waite, *Vanguard of nazism. The Free Corps movement in postwar Germany, 1918-1923*. Cambridge, 1952, aun cuando su atención al campo específico de Baviera en torno al golpe de noviembre sea más bien escaso, pp. 239-263. Otro clásico, sobre una de las organizaciones paramilitares, es el de U. Lohalm, *Völkischer Radikalismus. Die Geschichte des Deutschvölkischen Schutz- und Trutzbundes, 1919-1923*. Hamburgo, 1970. Resultan de utilidad también D. Venner, *Söldner ohne Sold. Die deutschen Freikorps, 1918-1923*. Berlin, 1974, especialmente capítulos 18 y 19, o H.W. Koch, *Der deutsche Bürgerkrieg. Eine Geschichte der deutschen und österreichischen Freikorps*. Berlin, 1978, con sólo algunas indicaciones en el último capítulo. El libro de H. Gordon Jr., *Hitler and the beer hall putsch*. Princeton, 1972, ofrece un capítulo sobre las organizaciones patrióticas actuantes en Baviera, pp. 88-119. El texto más actualizado corresponde a D. Jablonsky, *The Nazi Party in dissolution. Hitler and the Verbotzeit, 1923-1925*. Londres, 1989, pp. 7-25.

supuso inmediatamente la rectificación de una de sus dos directrices básicas: la unidad del movimiento *völkisch* en términos de renuncia a la hegemonía de una u otra fuerza concreta.

A lo largo de 1924, en efecto, la reorganización del movimiento nacionalsocialista se hizo profundizando en la alianza de los diversos núcleos socialracistas, incluyendo el horizonte de su fusión política. Ello implicaba principalmente el acuerdo con el Partido *Völkisch* de la Libertad (DVFP), una pequeña organización fundada en 1922 por Albrecht von Graefe, procedente de una escisión del Partido Nacional Popular (DNVP). Los términos de la alianza acordada con la dirección nacionalsocialista de Munich implicaban la práctica absorción de los pequeños núcleos nazis del norte por el DVFP, al señalar que, en el funcionamiento del frente común, las organizaciones minoritarias habrían de someterse a las que tuvieran mayor presencia. Tales condiciones, que dieron nacimiento al Movimiento Nacionalsocialista de la Libertad (NSFB) liderado por Gregor Strasser, Graefe y Ludendorff, fueron rechazadas sistemáticamente por los nazis septentrionales. Estos anticipaban la postura de Hitler del año siguiente, al indicar que una lectura adecuada del fracaso del putsch de noviembre implicaba la anulación de los contactos con los grupos *völkisch* de orientación más elitista y conservadora. Sin embargo, ni esta oposición ni la que manifestaron progresivamente algunos cuadros de Baviera, como Streicher o Esser, pudieron evitar que se avanzara al mismo tiempo en la línea de la unidad orgánica y de la participación electoral. La plataforma *völkisch* se presentó en las elecciones parlamentarias de mayo y diciembre de 1924 con diversa fortuna. Mientras en las primeras se obtenía aún la ventaja de la catastrófica situación política y económica alemana del año anterior, hecho al cual se sumaba el impacto del proceso contra los inculpados por el putsch de Munich, los problemas internos del movimiento y (pienso que de forma menos importante) la mejora de las condiciones generales en la primera fase de la estabilización redujeron a la mitad la presencia de los socialracistas en el Reichstag⁴. Considérese, además, un dato que suele pasar desapercibido: las candidaturas conjuntas ofrecían una menor representación a los nazis que al resto de los componentes del movimiento *völkisch*⁵.

A la confusión estratégica en la que se movía el nacionalsocialismo, había contribuido el silencio de Hitler, bien fuera por su temor a verse deportado a Austria, bien fuera por su tendencia a permanecer al margen de las luchas faccionales mientras no se pusiera en duda su liderazgo, a la espera de que el propio desarrollo de los acontecimientos clarificara las situaciones sin implicar para él desgaste político

⁴ Sobre las elecciones de 1924 y, en general, para todo el periodo de Weimar, el mejor estudio es el de Th. Childers, *The Nazi voter. The social foundations of fascism in Germany, 1919-1933*. Chapel Hill, 1983. Las elecciones de 1924 se comentan en las páginas 50-118. El libro de R. Hamilton, *Who voted for Hitler?*, Princeton, 1982, se organiza a través del análisis de algo más de una docena de ciudades, de las que nos interesan básicamente, para 1924, Nuremberg y Munich, donde el Bloque *völkisch* obtuvo los mejores resultados, con un 26 y 28,5% de los votos en mayo (pp. 212 y 147), produciéndose una caída a menos de la mitad en diciembre.

⁵ Para la evolución del *verbotzeit*, el libro más detallado es el de D. Jablonski, *The Nazi Party...*, capítulos 3-5.

alguno o enfrentamiento con un sector concreto de la organización⁶. Tan sólo cuando hubo abandonado la cárcel y, tras haber asegurado al gobierno bávaro su lealtad al orden constitucional, se decidió Hitler a romper el binomio de acción parlamentaria y unidad *völkisch* que habían sostenido Gregor Strasser y Alfred Rosenberg desde comienzos de 1924⁷. Ello obedecía, sin duda, a una mejor percepción estratégica que la ostentada por oficialistas y críticos, basada en un análisis de los límites de la línea golpista -que amenazaba con liquidar la posibilidad de existencia misma del partido- y en la necesidad de adquirir un perfil más nítidamente popular que el que podía derivarse de la alianza indiscriminada con el sector *völkisch*. Era crucial, además, la voluntad de asegurar un liderazgo efectivo que difícilmente podía sostenerse al tratar en términos de igualdad con individuos como Graefe o, sobre todo, Ludendorff. Sólo en los términos de esta reflexión de estrategia y liderazgo puede entenderse la actitud de un personaje tan poco proclive a la obediencia ciega como Gregor Strasser, quien aceptó sin problemas el carácter de la refundación del NSDAP, atendiendo a los riesgos de la disolución del nacionalsocialismo y con plena consciencia de la imposibilidad de prescindir de la jefatura carismática de Hitler, muy consolidada en los ambientes socialracistas a raíz del proceso de Munich⁸.

El costo de la estabilidad

La evolución del NSDAP en los años que preceden a su primer triunfo electoral de 1930 tiene que hacerse atendiendo a los factores internos, es decir, a las querellas faccionales y al proceso de clarificación estratégica tan cruciales en dicho periodo. Pero, en la misma o en mayor medida, debe considerarse que las causas, el ritmo y el carácter de la penetración del nazismo en la sociedad alemana sólo puede comprenderse revisando una periodización de la historia republicana que, beneficiada por su carácter simplificador, presenta riesgos serios de tergiversación. El establecimiento de una correspondencia mecánica entre la «fase dorada» de 1924-1929 y el estancamiento del nacionalsocialismo procede de dos errores de apreciación: la sobrevaloración y, en cualquier caso, generalización excesiva de la estabilidad política y económica, así como la confusión entre la adquisición de un techo electoral obvio en 1928 y la falta de una expansión organizativa. Tales fallos

⁶ Una interesante reflexión sobre la jefatura de Hitler es la de J. Nyomarkay, *Charisma and factionalism in the Nazi Party*. Minneapolis, 1967. Más recientemente, aunque proyectando la personalidad de Hitler sobre el conjunto de la población y no sólo sobre el partido, el libro de I. Kershaw, *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich*. Oxford, 1987.

⁷ Algunos textos de la refundación pueden hallarse en J. Noakes y G. Pridham, *Nazism, 1919-1945*. Exeter, 1994. Era también importante la prohibición de que las SA se integraran en otras organizaciones paramilitares unitarias: véase el caso de Nuremberg en E. Reiche, *The development of the SA in Nürnberg, 1922-1934*. Cambridge, 1986, pp. 60-61.

⁸ Para la personalidad de Gregor Strasser, el mejor texto publicado hasta la fecha es el de P. Stachura, *Gregor Strasser and the rise of nazism*. Londres, 1983. Para este periodo, capítulo 2.

conducen, aunque sólo sea por su mismo desarrollo lógico, a explicar el éxito electoral del NSDAP en 1930 en función de una respuesta convulsiva de amplios sectores populares a la Depresión, versión ésta cuyas aristas metodológicas suelen suavizarse mediante referencias demasiado generales al escaso arraigo de las instituciones republicanas. Un tipo de argumentación que parece contradecir la versión optimista del tramo central de Weimar y que no explica los motivos de las opciones concretas del electorado. Se presenta la oferta nacionalsocialista de 1930 en los mismos términos que la que se había dado en las elecciones nacionales de 1928, señalando que las circunstancias de coyuntura determinaron un grado de adhesión que multiplicaba por ocho su fuerza electoral⁹.

Las correcciones a este análisis implican la revisión de, por lo menos, dos elementos. El primero, la visión tradicional de la etapa de «estabilidad», hallando aquellos factores de fondo que erosionaron las estructuras republicanas a largo plazo, ayudando a explicar los aparentes cortes repentinos que acompañaron el inicio de la década siguiente. En segundo lugar -y éste ha sido un factor mucho menos apreciado-, el cambio de percepción del fenómeno nazi por parte de ciertos sectores de la sociedad alemana, único factor que explicaría la aparente permeabilidad a la ideología *völkisch* de un segmento tan considerable del electorado, votante de otras opciones sólo unos meses antes.

Nuestro conocimiento de la historia económica y social de la República de Weimar ha avanzado en la última década, en especial a raíz del debate sobre el carácter inevitable de la destrucción de las instituciones democráticas. El examen del peso de las diversas herencias que limitaron el margen de maniobra de los gobernantes en la Depresión, sea cual sea la actitud que haya tomado cada historiador a la hora de adjudicar responsabilidades, nos permite rectificar una lectura demasiado optimista de los efectos de las medidas estabilizadoras de comienzos de 1924¹⁰. Analizando las

⁹ Tal es el relato de la mayoría de los manuales accesibles sobre la historia republicana. Paradigmático es el caso del breve texto de C. Klein, *De los espartaquistas al nazismo. La República de Weimar*. Madrid, 1985 (edición francesa de 1968). En una línea menos tajante, pero similar, los trabajos de E.J. Feuchtwanger, *From Weimar to Hitler. Germany, 1918-1933*. Londres, 1993; la última edición, de 1993, del texto de H. Heiber, *The Weimar Republic*. Oxford, publicada en alemán en 1966; el texto de E. Kolb, *The Weimar Republic*. Londres, 1988, que habla de estabilidad aparente, pero refiriéndose sólo a aspectos institucionales; las consideraciones sobre el período weimeriano en el trabajo de H.U. Thamer, *Il Terzo Reich*. Bolonia, 1993; la última edición del texto de A.J. Nichols, *Weimar and the rise of Hitler*. Londres, 1991; o el manual, por lo demás muy útil, de A. Wahl, *L'Allemagne de 1918 à 1945*. Paris, 1993. La historiografía germana más reciente ha revisado tales apreciaciones, tanto en lo que afecta a la historia política como a la económica. Para citar sólo algunos manuales de gran utilidad, consideremos el texto del muy prematuramente desaparecido D. Peukert, *Die Weimarer Republik. Krisenjahre der Klassischen Moderne*. Frankfurt, 1987, especialmente pp. 111 y ss. También, el ensayo de H. Mommsen, *Die verspielte Freiheit. Der Weg der Republik von Weimar in den Untergang 1918 bis 1933*. Frankfurt, 1990, pp. 226 y ss., o el de H.A. Winkler, *Weimar 1918-1933. Die Geschichte der ersten deutschen Demokratie*. Munich, 1994 (2ª ed.), pp. 244 y ss.

¹⁰ El debate sobre la viabilidad de la democracia weimariana tras el impacto de la Depresión vino por la crítica al trabajo del profesor de Historia Económica de Munich Knut Borchardt, «Zwangslagen und Handlungsspielräume in der grossen Wirtschaftskrise der frühen dreissiger Jahre: Zur Revision des überlieferten Geschichtsbildes», publicado originalmente en 1979 y reeditado en *Wachstum, Krisen,*

condiciones de las clases populares urbanas y, en especial, del campesinado, se plantea un empeoramiento progresivo a lo largo de los años centrales de la República, que contrasta con la mejora relativa del resto de la sociedad, asimetría que podía aumentar la hostilidad del *Mittelstand* hacia la influencia de los sindicatos obreros en la fijación de las relaciones laborales. Por citar tan sólo el caso del campesinado medio, tengamos en cuenta que su escasa simpatía por las instituciones democráticas se afirmó con el mantenimiento de los controles de precios heredados de la guerra hasta bien avanzado el año 1923. A ello se sumó el incremento de impuestos y la divergencia de precios agrarios con respecto a los industriales, características ambas del periodo de estabilización, que forzaron un endeudamiento de los pequeños propietarios cuyos efectos perjudiciales alcanzarían tonos dramáticos al declinar acusadamente el valor relativo de los productos agrarios a partir de 1927-28. Un campesinado acostumbrado a medir su bienestar en términos de la protección prestada por el Estado, había de adjudicar a las instituciones la responsabilidad de sus desdichas¹¹. Otros sectores, como el de los funcionarios, hubieron de sufrir las medidas de austeridad derivadas de la estabilización¹². Y no parece que los miembros de la vieja clase media, en especial los pequeños comerciantes, se sintieran protegidos de un proceso de concentración empresarial que la superación de la fase inflacionaria había acelerado¹³.

Handlungsspielräume der Wirtschaftspolitik. Göttingen, 1982. Una respuesta en inglés, con un amplio comentario a la tesis de Borchardt puede hallarse en Carl-Ludwig Holtferich, «Economic Policy Options and the End of the Weimar Republic», en I. Kershaw (ed.), *Weimar: Why did German Democracy fail?* Londres, 1990, pp. 58-91. Para las dificultades económicas de la República y, en especial, el difícil acuerdo entre los sectores industriales y agrarios, véase el texto de D. Abraham, *The collapse of the Weimar Republic. Political economy and crisis*. Nueva York, 1986. Para el peso de las reparaciones de guerra sobre la economía alemana, B. Kent, *The spoils of war. The politics, economics, and diplomacy of reparations, 1918-1932*, especialmente los capítulos 7-9. Acerca del peso de la inflación sobre la economía alemana, véase G. Feldman, *The great disorder. Politics, economics, and society in the German Inflation, 1914-1924*. Oxford, 1993, especialmente pp. 507 y ss. para la hiperinflación. Un caso local, en este caso el de Hamburgo, puede seguirse en los libros de N. Ferguson, *Paper and Iron. Hamburg business and German politics in the era of inflation, 1897-1927*. Cambridge, 1995, pp. 364 y ss., y P. Lyth, *Inflation and the merchant economy. The Hamburg Mittelstand, 1914-1924*. Oxford, 1990, pp. 104 y ss. Muy destacable es el texto de H. Rupieper, *The Cuno government and reparations, 1922-1923*. La Haya, 1979, en especial pp. 97 y ss. Sobre el peso de la inflación sobre un sector concreto de la clase media, así como los efectos de la primera estabilización, véase el libro de A. Kunz, *Civil servants and the politics of inflation in Germany, 1914-1924*. Berlín, 1986, pp. 350 y ss. Sobre la estabilización y la crisis, véase el libro imprescindible de H. James, *The German Slump. Politics and Economics, 1924-1936*. Oxford, 1987. Una versión resumida de sus tesis en «Economic reasons for the collapse of the Weimar Republic», en Ian Kershaw, *Weimar...*, pp. 30-57. Véase también G. Feldman (ed.), *Die Nachwirkungen der Inflation auf die deutsche Geschichte 1924-1933*. Munich, 1985. Además, D. Petzina, «Problems in the social and economic development of the Weimar Republic», en M. Dobkowsky y I. Wallimann (eds.), *Toward the Holocaust. The social and economic collapse of the Weimar Republic*. Westport, 1983, pp. 37-60.

¹¹ H. James, *The German...*, pp. 246-271; R. Moeller, *German peasants and agrarian politics, 1914-1924*. Chapel Hill, 1986, especialmente pp. 95 y ss.

¹² J. Caplan, *Government without administration. State and civil service in Weimar and Nazi Germany*. Oxford, 1988, cap. 3. Th. Childers, *The Nazi voter...*, pp. 91-95. Sobre el reajuste de funcionarios, véase A. Kunz, «Stand versus Klasse. Beamtenschaft und Gewerkschaften im Konflikt um den Personalabbau 1923/1924», *Geschichte und Gesellschaft*, 8, 1982, pp. 55-86.

¹³ Th. Childers, *The Nazi voter...*, pp. 64 y ss.

Si la constatación económica no es suficiente, una lectura adecuada del proceso político, incluso en su expresión meramente electoral, permite desvelar algunos datos inquietantes en la fase de aparente estabilidad y solidez de las instituciones. En los inicios de la vida republicana, los partidos liberales de carácter nacional, el Partido Popular (DVP) y el Partido Demócrata (DDP), se habían beneficiado de un voto ambiguo, que tanto podía implicar la adhesión a la revolución democrática como el deseo de evitar alternativas más radicales. Especialistas diversos han señalado la fragilidad del discurso democrático incluso en el seno de estos partidos y, en cualquier caso, la escasa fidelidad de su clientela. Precisamente uno de los indicadores de la invalidez del discurso optimista sobre el periodo de estabilización es el retroceso constante de la base electoral de los dos grandes partidos liberales, cuando una mayor adhesión a las instituciones, provocada por la mejora generalizada de las condiciones materiales, habría de reflejarse en la conquista de mayores porcentajes de votos. Los resultados de 1928, presentados habitualmente como ejemplo de laminación de los grupos radicales y ensanchamiento de la base weimariana, permiten apreciar, en cambio, la mayor presencia de los partidos locales y los llamados partidos «de interés» -en especial el Partido Económico (WP), el Partido de la Justicia (RVP), el Partido Nacional Cristiano de Campesinos (CNLP) o el Partido Campesino (DBP)- que convocaban a un sector específico de la población, en general de la clase media urbana o rural, en detrimento de aquellos partidos que se presentaban como opciones ideológicas -*Weltanschauungsparteien*- compartibles por el conjunto de los alemanes, fuera cual fuera su origen social. Aun cuando el DVP y el DDP trataran de ganarse básicamente a los miembros de la clase media, fueron percibidos progresivamente como partidos ajenos a los intereses de amplios sectores de ésta. Si al DDP se le reprochaba su posición favorable al Partido Socialdemócrata (SPD), el Partido Popular se contemplaba como un instrumento al servicio de los grandes intereses industriales, cuyos miembros llegaban a desplazar a los representantes del *Mittelstand* en la configuración de candidaturas a los parlamentos regionales o al Reichstag¹⁴.

¹⁴ El mejor estudio de conjunto de los partidos liberales es el de L.E. Jones, *German liberalism and the dissolution of the Weimar party system, 1918-1933*. Chapel Hill, 1988. Sobre el Partido Demócrata, véase B. Frye, *Liberal democrats in the Weimar Republic. The History of the German Democratic Party and the German State Party*. Carbondale, 1985, pp. 146-154, para este periodo. Sobre el Partido de la Economía existe la vieja monografía de M. Schumacher, *Mittelstand und Republik. Die Wirtschaftspartei - Reichspartei des deutschen Mittelstands*. Düsseldorf, 1972. La fragilidad del discurso liberal ha sido analizada por Th. Childers en «Languages of liberalism. Liberal political discourse in the Weimar Republic», en K. Jarausch y L.E. Jones, *In search of a liberal Germany. Studies in the history of German liberalism from 1789 to the present*. Oxford, 1990, pp. 323-359. Para la actividad de los partidos de interés en este periodo, aunque reduciéndolo al estudio de la Baja Sajonia, véase el texto de P. Fritzsche, *Rehearsals for fascism. Populism and political mobilization in Weimar Germany*. Nueva York, 1990, pp. 105-150. Una visión más global en Th. Childers, «Interest and Ideology. Anti-System politics in the era of stabilization», en G. Feldman (ed.), *Die Nachwirkungen...*, pp. 1-20.

Del espacio volkisch a la hegemonía en la derecha

La andadura del nuevo NSDAP en el periodo previo a la Depresión había modificado sus condiciones estratégicas, pero en modo alguno sus principios programáticos, declarados inmutables. El Partido Nazi continuaba ostentando, por consiguiente, la ideología de un grupo *völkisch* con pretensiones laboristas, fijado a unos principios cuya vaguedad de propuestas positivas en el campo social o económico permitían lecturas diferenciadas e incluso divergentes. Lo que me interesa destacar aquí es que en los años de «estabilidad», el proyecto básico de Hitler y sus colaboradores de Munich fue lograr la hegemonía en el campo del nacionalismo *völkisch*, despejando cualquier tipo de competencia por parte de otras organizaciones. Por consiguiente, la percepción del nazismo había de ser la que obedecía a los parámetros fundamentales del proyecto hitleriano -el nacionalismo de base racial y antisemita-, frente a los cuales el resto de elementos eran secundarios, objeto de discrepancias más o menos toleradas e incluso alentadas, bien fuera para la neutralización de las facciones o para la convivencia de bases sociales antagónicas. Junto a este núcleo duro de la ideología, se planteaba el carácter incontestable del liderazgo de Adolf Hitler, cuya función no puede entenderse en términos meramente organizativos, sino como un factor también básico de la *Weltanschauung* nazi.

Un análisis realizado de acuerdo con este criterio nos permite entender los márgenes reales del debate político que experimentó el partido en los años previos a la Depresión, en especial el que hace referencia a la ruptura entre una presunta «izquierda» nazi y los sectores de la corriente nacionalista conservadora. La refundación del partido implicó la puesta en orden organizativo de las estructuras dispersas en los tiempos de ilegalidad. La obligación de renovar los carnets de adhesión y la estricta subordinación de todas las organizaciones a los cuarteles centrales de Munich trataban de evitar que se reprodujeran los conflictos experimentados en 1924. Desde muy pronto, a las quejas derivadas de la falta de autonomía se añadieron las discrepancias de orden político entre algunos cuadros del norte, especialmente de Hamburgo, Berlín y Hanover, y los de Baviera. Mientras algunos autores señalaron hace tiempo, muy influidos por los propios testimonios de la época -y, en especial, por las memorias de Otto Strasser-, el carácter principista o no meramente propagandístico del Equipo de Trabajo (AG) liderado por Goebbels, los hermanos Strasser y Kaufman, otros se han inclinado por esbozar, en sentido contrario, una querrela sin raíz ideológica alguna, impensable en un partido tan poco atento a los temas programáticos¹⁵.

¹⁵ El libro clásico sobre la izquierda nazi, desde una perspectiva marxista, pero reconociendo el «socialismo pequeñoburgués» de la AG, es el de R. Kühnl, *Die Nationalsozialistische Linke, 1925-1930*. Meisenheim, 1966. Para una actitud menos atenta a las cuestiones programáticas, véase J. Nyomarkay, *Charisma...*, pp. 71 y ss. En una posición intermedia, M. Kele, *Nazis and workers. National Socialist appeals to German labor, 1919-1933*. Chapel Hill, 1972, pp. 67 y ss. A ello hay que añadir, naturalmente, el capítulo IV de la monografía de J. Noakes sobre el Partido Nazi en la Baja Sajonia, ya citada. Para el ambiente que vivía la «izquierda» nazi, son muy recomendables las memorias de uno de sus más finos

Entiendo que la reflexión debe apuntar hacia otro aspecto, que rompe la continuidad del debate de 1926 con las crisis de 1930 -salida de Otto Strasser-, 1932 -salida de Gregor Strasser y Albert Krebs- y, desde luego, la masacre de 1934. Pienso que el único punto común que vinculaba a los diversos cuadros de la «oposición» del norte era su actuación en un tejido social distinto al de los orígenes del partido, en el que la importancia de la clase obrera industrial y de los partidos y sindicatos de la izquierda marxista era más notable. Ello se tradujo, como en los años previos a la refundación, en una apuesta táctica que planteaba la apelación a los sectores de trabajadores de las concentraciones urbanas como forma de vencer el escaso margen de expansión de que disfrutaba el NSDAP en los Gaus septentrionales. A consecuencia de ello, podía darse una diferencia de énfasis propagandístico entre el grupo rector de Baviera -que actuaba en un medio social conservador, en competencia con los sectores católicos, o las organizaciones contrarrevolucionarias de la Franconia protestante, heredando exclusivamente la cultura socialracista-, y los cuadros dirigentes prusianos o sajones, cuya orientación inicial, hasta la verdadera crisis de crecimiento de 1928, fue la de tratar de ganarse en espacio social de la izquierda.

Tal reflexión no expresa juicio alguno de valor sobre la adhesión sincera de los cuadros del norte a una cultura de carácter rupturista -más que estrictamente revolucionaria. Pero creo que lo importante era dilucidar qué tipo de proyección social -y, por consiguiente, electoral- del nazismo deseaba darse a los potenciales votantes y adherentes del movimiento. Es decir, cuál era la visión básica que determinados sectores habían de tener del carácter esencial del NSDAP. Los dirigentes del Equipo de Trabajo que se creó como verdadera facción del norte tenían posiciones dispares, sólo equiparables en su deseo de dotar al nacionalsocialismo de una imagen distinta a la que adquiriría como partido estrictamente *völkisch*. Los hermanos Strasser, por ejemplo, llegaron a mantener postulados divergentes, que iban desde la fascinación por el nacionalbolchevismo de Otto hasta las propuestas de carácter corporativo conservador que acabaría defendiendo Gregor. Cuando pulió sus consignas, a través de órganos de propaganda propios como los *NS-Briefe* y la editorial *Kampf*, como ocurriría más tarde con *Der Angriff* de Goebbels, la prensa de la «izquierda nazi» cuidó muy bien de distinguir sus objetivos revolucionarios de los ofrecidos por el marxismo, frecuentemente descalificado por su carácter judío e internacional, mientras los llamamientos a la clase obrera se cobijaban bajo un anticapitalismo respetuoso con la propiedad legítima y sólo atento a la construcción de la Comunidad Popular -*Volksgemeinschaft*-. El error táctico del grupo del norte no fue tanto el intento por construir la imagen «socialista nacional», con planteamientos enérgicos en la lucha contra el gran capitalismo, como el intento baldío de ganarse el

representantes, Albert Krebs, *Tendenzen und Gestalten. Erinnerungen an die Frühzeit der Partei*. Stuttgart, 1959 (Hay traducción inglesa, editada por W.S. Allen, *The Infancy of Nazism*. Nueva York, 1976). Para la visión más ajustada del pensamiento de Gregor Strasser que conozco, véase el ya citado P. Stachura, *Gregor Strasser...*, pp. 40-66. Sobre Otto Strasser, si se quiere huir de sus interesadas memorias, puede recurrirse al texto de P. Moreau, «Otto Strasser. Nationalist Socialism versus National Socialism», en R. Smelser y R. Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*. Londres, 1993, pp. 235-244.

apoyo de antiguos militantes comunistas o socialdemócratas¹⁶. En cualquier caso, la continuidad e incluso elevación en sus puestos directivos de los cuadros de la «izquierda» nos indica o bien la escasa importancia real de las divergencias con el núcleo del sur, o bien lo poco que le importaban a Hitler las cuestiones programáticas, siempre y cuando éstas no afectaran a su concepción central del nazismo -y, de hecho, de la política- y a su jefatura. Gregor Strasser alcanzó muy rápidamente la responsabilidad del aparato central de organización, Joseph Goebbels pasó a la dirección del partido en Berlín y Kaufmann fue nombrado Gauleiter de Hamburgo. El programa elaborado por el AG del norte cayó en el olvido, encargándose el mismo Gregor Strasser de atajar la distribución de copias. Las demandas de creación de una organización sindical propia, a las que Hitler se había resistido desde el principio, acabaron con la constitución de una escuálida Organización Nacionalsocialista de Empresa (NSBO), que actuaba más como sector del partido que como organización sindical. En este terreno, al contrario de lo que sucedió con el fascismo italiano, el NSDAP y el propio régimen nazi habrían de tener muy clara la necesidad de destruir las organizaciones de clase de los trabajadores, incluyendo las que pudieran controlarse desde el Estado, y la configuración futura del Frente Alemán del Trabajo (DAF) es buena prueba de ello¹⁷.

Las elecciones nacionales de 1928 marcaron un punto crucial en la evolución política del NSDAP. Presentados habitualmente como los resultados de la estabilidad, he señalado ya hasta qué punto tal apreciación me parece poco rigurosa. Sin duda, no habían de dar una alegría a los dirigentes del nazismo, ya que se descendía al nivel más bajo en la carrera parlamentaria del movimiento, alcanzándose el 2,6% de los votos. Algún investigador ha matizado, con todo, que se hizo una lectura más optimista, ya que el NSDAP había logrado imponerse a todos los grupos socialracistas¹⁸. Estos eran la amplitud y el límite del resultado, el techo electoral que se reservaba a una opción que se entendiera exclusivamente en la línea de la cultura *völkisch*. Una

¹⁶ Sobre la relación de los nazis con los comunistas, véase C. Fischer, *The German Communists and the rise of nazism*. Londres, 1991, pp. 81-101, para este periodo. Sobre la socialdemocracia, recientemente se ha publicado el libro de D. Harsch, *German Social Democracy and the rise of nazism*. Chapel Hill, 1993, aunque el libro parte de 1928. Sobre la relación con la clase obrera, el texto de conjunto de M. Kele, *Nazis...*, sigue siendo muy útil, al ofrecer un cuidadoso vaciado temático de la prensa nacionalsocialista. No obstante, el libro carece de un análisis de la percepción del nazismo por parte de la clase obrera. Una acertada reflexión sobre la «eliminación» conceptual de la lucha de clases a través de la idea de *Volksgemeinschaft* se puede hallar en V. Kratzenberg, *Arbeiter auf dem Weg zu Hitler? Die Nationalsozialistische Betriebszellen-Organisation. Ihre Entstehung, ihre Programmatik, ihre Scheitern 1927-1934*. Frankfurt, 1989, pp. 23 y ss.

¹⁷ Véanse las reflexiones de T. Mason en *Social policy in the Third Reich. The working class and the national community*. Oxford, 1993, pp. 41 y ss. No es casual que el responsable de organizar el DAF fuera Robert Ley, quien había sustituido a Gregor Strasser en la secretaría de organización del NSDAP en 1932 (R. Smelser, *Robert Ley. Hitler's Labor Front Leader*. Oxford, 1988, pp. 98 y ss). Acerca de la NSBO, véase el texto de V. Kratzenberg ya citado, o el artículo de G. Mai, «Die Nationalsozialistische Betriebszellen-Organisation. Zum Verhältniss von Arbeitschaft und Nationalsozialismus», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 31, 1983, pp. 573-613.

¹⁸ U. Kissenkoeter «Gregor Strasser: Nazi Party organiser or Weimar politician?», en R. Smelser y R. Zitelmann, *The Nazi...*, pp. 227-228.

vez adquirida la hegemonía en este ámbito, el crecimiento del partido no podía darse sólo en función de la evolución socioeconómica de la República, sino -sobre todo- en razón de que pudiera ser percibido en otros términos, que superaran el margen clientelar de los proyectos políticos raciales. Con ello quiero expresar una hipótesis que me parece la única forma de entender, al mismo tiempo, el carácter del nazismo y el primer éxito electoral nacional de 1930. El movimiento liderado por Adolf Hitler fue sustancialmente una construcción ideológica racista, que conectaba con una tradición nacionalista específica, muchas veces encerrada en organizaciones secretas o, cuanto menos, elitistas, de escasa preocupación por articular un discurso político más amplio. Ahora bien, para la adquisición de una base de masas y -perdidas las perspectivas de una conquista putschista del poder- alcanzar una mayoría electoral, el nazismo tenía que poner en primer plano aspectos secundarios de su concepción del mundo, pero que le permitían ser percibidos fundamentalmente como algo distinto a un grupo creado sólo en función de un proyecto racial. Cuando se dispusiera de los instrumentos de ejercicio del poder, los factores secundarios se subordinarían de nuevo al horizonte racial nuclear del nazismo. En definitiva, y éste es el carácter paradójico de la hipótesis, creo que el nazismo adquirió fuerza electoral -en condiciones de libertad- en el momento en que fue capaz de transmitir una percepción menos fiel a su contenido ideológico profundo. De otra forma, la repentina adquisición del fondo del proyecto hitleriano por cinco millones de personas más en 1930 y por ocho millones más en 1932, me parece incomprensible, a no ser que aceptemos la capacidad inmediata de una crisis económica para crear cultura política, en el sentido que supondría optar por una lectura adecuada del *Mein Kampf*¹⁹. Además, cuando se produce un debate sobre la originalidad del nazismo, basado en su carácter de proyecto racial, estableciendo en el fondo la posible caducidad del paradigma del fascismo, puede resultar útil, entre otras consideraciones -como el recurso al genocidio por parte de fascismos «menores»- destacar esa función básica de contrarrevolución al servicio de la clase media que el nazismo había de compartir, en su forma de ser percibido por su clientela, con el resto del fascismo europeo²⁰.

Por consiguiente, creo que lo que se produce entre 1928 y 1930 es la conjunción de una serie de factores que, vistos en la perspectiva que he tratado de situar, permiten entender el importante éxito electoral del nazismo. Sabemos que el abandono de la militancia o el voto a los partidos de carácter liberal y conservador no dio paso, inmediatamente, al crecimiento paralelo del NSDAP. En 1930, los partidos «de interés» en los que se agrupaba un volumen sustancial del voto de clase media, incrementaron sus resultados con respecto a 1928. El NSDAP se benefició del

¹⁹ Han apuntado algo parecido, aunque creo que sin llegar tan lejos, I. Kershaw en «Ideology, propaganda and the rise of the Nazi Party», en P. Stachura (ed.), *The Nazi...*, pp. 162-181; S. Gordon, *Hitler, the Germans and the Jewish question*. Princeton, 1984, capítulo 2; W. Schieder, «Die NSDAP vor 1933. Profil einer faschistischen Partei», *Geschichte und Gesellschaft*, 1993/2, p. 142.

²⁰ Ver las interesantes reflexiones de T. Mason, acerca de la progresiva invalidación del paradigma fascista en «Whatever happened to fascism?», en Th. Childers y J. Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*. Nueva York, 1993, pp. 253-262.

retroceso y la grave crisis interna del DNVP, del goteo del DVP y de la llegada de cuatro millones de nuevos electores. Sin embargo, desde el fracaso -o, cuanto menos, el final de una etapa- de 1928, el NSDAP había corregido sus objetivos propagandísticos que habían de permitirle ganarse a los grupos más cercanos y, cuando la crisis tocara fondo, alcanzar a los que en 1930 todavía no habían votado nazi. Ello significa que, aun cuando no se tradujera en una inmediata absorción total de los votos de la clase media urbana y rural, el NSDAP había ido construyendo una imagen mítica de partido defensor de los intereses del *Mittelstand*, en especial de los pequeños centros de población y de los núcleos rurales. El tipo de «socialismo» de pequeño burgués tan propio del strasserismo, las propuestas «anticapitalistas» propias de la doctrina radical de la *Volksgemeinschaft* se dirigen ahora al público que realmente podía atenderlas, renunciando a los intentos de introducirlas en los sectores sociales más vinculados a las tradiciones sindicales y políticas de la izquierda -los obreros industriales- que, por otro lado, eran una minoría de la población²¹. En este discurso, el antisemitismo tenía un carácter instrumental, economicista y popular, muy distinto al antisemitismo racial y elitista de las sociedades y literatura que había frecuentado el joven Hitler²². La ventaja relativa con respecto a estos partidos de interés, y que

²¹ Sobre las bases sociales del nazismo se ha discutido hasta la saciedad, ya sea en el examen de sus electores o en el de sus militantes. En general, ha llegado a aceptarse su carácter prioritario -aunque, naturalmente, no exclusivo- de clase media: véanse, por ejemplo, los textos de M. Kater, *The Nazi Party. A social profile of members and leaders*. Oxford, 1983; D. Mühlberg, *Hitler's followers. Studies in the sociology of the nazi movement*. Londres, 1991; del mismo Mühlberger, «The sociology of the NSDAP. The question of working class membership», en *Journal of Contemporary History*, 1980, pp. 493-511; P. Stachura, «The nazis, the bourgeoisie and the workers during the kampfzeit», en su edición *The Nazi...*, pp. 15-32; del mismo Stachura, «The NSDAP and the German working class, 1925-1933», en Dobkowsky y Willimann, *Towards...*, pp. 131-154; C. Fischer, *Sormtroopers. A social, economic and ideological analysis, 1929-1935*. Londres, 1983, quien destaca el papel de esta organización sectorial a la hora de captar militancia proletaria en capítulo 3; en la misma línea, R. Bessel, *Political violence and the rise of nazism. The Storm Troopers in Eastern Germany, 1925-1934*. New Haven, 1984, capítulo 3; para el caso concreto de Nuremberg, el ya citado libro de E. Reiche, *The development...*, caps. 3 y 4. G. Eley ha planteado algunas reflexiones muy interesantes al destacar el papel que podía jugar el NSDAP, si no para obtener una base social hegemónica en la clase obrera, sí para evitar que los partidos de izquierda marxista pudieran penetrar en segmentos populares asalariados: G. Eley, *From unification to nazism. Reinterpreting the German past*. Londres, 1986, pp. 268 y ss. Acerca de la penetración del nazismo en determinados sectores asalariados con base sindical pero no de izquierda, véase H. Speier, *German white-collars and the rise of Hitler*. New Haven, 1986, o la mejor síntesis sobre los sindicatos cristianos que conozco, W.L. Patch, *Christian Trade Unions in the Weimar Republic, 1918-1933. The failure of «Corporate pluralism»*. New Haven, 1985, especialmente capítulo 7. Acerca del sindicato en el que el NSDAP llegó a disponer de fuertes simpatías, véase la monografía de I. Hamel, *Völkischer Verband und nationale Gewerkschaft. Der Deutschnationale Handlungsgehilfen Verband*. Frankfurt, 1967, especialmente pp. 238 y ss.

²² Acerca de la relación de Hitler con la ariosofía, véase N. Goodrick-Clarke, *Les racines occultistes du nazisme*. Puiseaux, 1989, pp. 269 y ss. Sin centrarse en este tema, le dedica algún espacio el libro clásico sobre los inicios del NSDAP, W. Maser, *Der Sturm auf die Republik. Frühgeschichte der NSDAP*. Düsseldorf, 1994 (1ª ed. 1965), cap. 2. Un estado de la cuestión sobre los años de formación münquesa de Hitler, algo envejecido, pero aún útil, es el realizado por H. Auerbach, «Hitler politische Lehrjahre und die münchener Gesellschaft 1919-1923», *Vierteljahrshäfte für Zeitgeschichte*, 25, 1977, pp. 1-45. Véase también el comentario de R. Phelps a un discurso de la etapa inicial de Hitler sobre el tema judío, «Hitlers 'Grundlegende' Rede über den Antisemitismus», en *Vierteljahrshäfte für Zeitgeschichte*, 16, 1968, pp. 390-420.

daría la hegemonía al NSDAP dos años más tarde, era la capacidad para presentarse como un *Weltanschauungspartei*, capaz de trasladar a una escala nacional las preocupaciones de un sector social concreto, sin dejar de aparecer como un partido del conjunto de la sociedad, como un *Volkspartei*. En un sistema en el que los partidos actuaban explícitamente como partidos de clase o eran percibidos como tales -regla de la que sólo se excluía el Zentrum católico, con una limitación clientelar confesional-, el NSDAP podía llenar el hueco dejado por los partidos liberal-conservadores, entregados a una dependencia clara de la alta burguesía, y prepararse para desplazar a los grupos específicos de clase media al presentar una oferta política más amplia y con mayores posibilidades de influir en las decisiones gubernamentales.

La penetración del discurso populista antidemocrático, por otra parte, no se reflejaba inmediatamente en términos electorales, sino que implicaba la capacidad para la ocupación de espacios de sociabilidad -desde las tertulias hasta las sociedades deportivas, las asociaciones estudiantiles y los grupos de excombatientes- que podían pasar lentamente al «campo magnético» del nazismo, procediendo de un antipoliticismo elemental que reflejaba hostilidad a las instituciones republicanas, en la misma medida en que podía indicar continuidad con mecanismos asociativos sustitutorios de las dificultades para ejercer presión política directa en la sociedad imperial²³. En definitiva, el fruto de una misma insatisfacción que se acogía a vehículos diversos y que alcanzaría perfiles más radicales en función de las oscilaciones de la coyuntura. En cierta medida, la transformación del DDP en Partido del Estado (DStP) a través de su fusión con la Orden de la Juventud en el mismo 1930, fue un fallido intento, por parte de uno de los grupos fundadores de la República, de ganarse el apoyo de núcleos de sociabilidad juvenil más vinculados a principios de *Volksgemeinschaft* que a ideología liberal²⁴. A esta penetración de resultados lentos habría de añadirse la

²³ Véase un excelente estudio de ocupación de espacios de sociabilidad en R. Koshar, *Social life, local politics and nazism. Marburg, 1880-1935*. Chapel Hill, 1986. Sobre la relación con las organizaciones estudiantiles, el libro de G. Giles, *Students and National Socialism in Germany*. Princeton, 1985, pp. 44-100, aunque se trata de un estudio limitado a Hamburgo. Sobre el tema estudiantil, a escala nacional, el libro del reconocido especialista K. Jarausch, *Deutsche Studenten 1800-1970*. Frankfurt, 1984, pp. 117 y ss., o el de M. Kater, «Der NS-Studentenbund von 1926 bis 1928. Randgruppe zwischen Hitler und Strasser», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 22, 1974, pp. 148-190; aunque se refiere al periodo tardío, véase D. Horn, «The National Socialist Schülerbund and the Hitler Youth, 1929-1933», *Central European History*, 11, 1978, pp. 355-375. En relación con otras asociaciones, véanse los trabajos dedicados por Kater a los médicos, por ejemplo su «The Nazi Physicians League of 1929. Causes and Consequences», en Th. Childers, *The formation...*, pp. 147-181. Sobre la influencia en los sectores ilustrados, véase G. Giles, «National Socialism and the educated elite in the Weimar Republic», en P. Stachura (ed.), *The Nazi...*, pp. 49-67. La expansión de ideario antidemocrático en círculos de excombatientes puede seguirse en el libro ya citado de P. Fritzsche, *Rehearsals...*, cap. 9. Véanse también los trabajos de K. Jarausch, «The crisis of German professions, 1918-1933», en *Journal of Contemporary History*, 20, 1985, pp. 379-398, y «The decline of liberal professionalism. Reflections on the social erosion of German liberalism, 1867-1933», en K. Jarausch y E.L. Jones, *In search...*, pp. 261-286. También su libro *The unfree professions. German lawyers, teachers, and engineers, 1900-1950*. Nueva York, 1990.

²⁴ Sobre la incapacidad para asegurar el apoyo de la juventud a las instituciones de Weimar, véase L.E. Jones, «German liberalism and the alienation of the younger generation in the Weimar Republic», en K. Jarausch y L.E. Jones, *In search...*, pp. 287-321. Más específico, en relación con el nazismo, P. Stachura, «German youth, the youth movement and National Socialism in the Weimar Republic», en su edición *The*

extraordinaria capacidad para la captación de descontentos antagónicos, propia de un *catch-all party*, así como la abrumadora superioridad en términos de capacidad propagandística y ejercicio de la violencia que desarrollaría el nazismo, un terreno en el que la extrema izquierda podía disponer de recursos militantes similares, pero carente de la capacidad de salir del margen estricto de clase obrera industrial al que les vinculaba su discurso, sin que los esfuerzos para disputar al nazismo el apoyo campesino en las regiones críticas del norte tuvieran éxito²⁵.

La referencia al agravamiento de la erosión de la cultura liberal no se refiere a la liquidación de tal ideología sólo en la clase media. Si parece claro que la tesis de la financiación del nazismo por el gran capital industrial no se corresponde con la realidad previa a 1928²⁶, se ha advertido, en cambio, que la llegada de la Depresión supone la renuncia a una salida de carácter democrático por parte de los sectores más influyentes del capitalismo alemán. Espero que mi insistencia en el peso de los factores de larga duración no se haya entendido como un rechazo del valor específico de la crisis económica. Entre otras cosas, ésta provocó el bloqueo político de la izquierda, al dejar sin financiación posible el programa evolutivo del SPD y al expulsar del tejido laboral a buena parte de la militancia de los dos partidos obreros. Pero, además, hizo que las firmas que se habían inclinado por el DVP o incluso por el DDP en los años iniciales y centrales de la República, interpretasen la crisis económica en una clave que excluía la continuidad de las leyes sociales promovidas por la revolución e incluso de la capacidad de presión de los sindicatos obreros, hecho que puede desprenderse de una lectura adecuada de la gestión de Brüning²⁷. Que esta salida llevara al nazismo o se enquistara en fórmulas autoritarias tan frecuentes en la Europa del momento, dependía de los movimientos a corto plazo realizados por los actores políticos. La respetabilidad alcanzada por el movimiento hitleriano en 1929 y el papel nefasto del nuevo jefe del DNVP, Alfred Hugenberg, son ejemplos de esta dependencia de la respectiva astucia de los dirigentes para ocupar espacios en el movedizo tablero de las postrimerías de Weimar. La capacidad del NSDAP para absorber el espacio correspondiente a un movimiento ultraconservador de masas como podía serlo el DNVP está en proporción directa con las dificultades de esta formación para articular un discurso que fuera percibido en términos de «condiciones para ejercer la hegemonía» por parte de segmentos muy amplios de la población. Tal

Nazi..., pp. 68-84; del mismo autor, su capítulo sobre el paro juvenil en el libro colectivo P. Stachura (ed.), *Unemployment and the Great Depression in Weimar Germany*. Londres, 1986, pp. 121-147 (el capítulo lleva por título «The social and welfare implications of youth unemployment in Weimar Germany, 1929-1933»).

²⁵ Para la proyección del nazismo en el mundo rural antes del fracaso electoral de 1928, véase J.H. Grill, «The Nazi Party's rural propaganda before 1928», *Central European History*, 15, 1982, pp. 149-185.

²⁶ Sobre este debate, véase D. Geary, «The industrial elite and the nazis in Weimar Republic», en P. Stachura (ed.), *The Nazi...*, pp. 85-100. También, H. Turner, *German big business and the rise of Hitler*. Nueva York, 1985, caps. I-II.

²⁷ Véase el análisis de W. Patch en *Christian...*, pp. 157 y ss. También, H. Mommsen, *From Weimar to Auschwitz*. Cambridge, 1991, pp. 119-140.

cuestión, sin embargo, escapa a los límites de la cronología establecida en este comentario y merece una reflexión específica²⁸.

Conclusión

Las elecciones de septiembre de 1930 convirtieron al nazismo en el partido hegemónico de la derecha alemana. El largo camino recorrido desde el fracaso de Munich había servido no sólo para desdeñar una estrategia golpista que implicaba la subordinación del NSDAP al ejército, a los grupos paramilitares y a un amplio magma de organizaciones socialracistas. Tal trayecto se había realizado en la misma fase en que se reblandecía el apoyo a la República de segmentos de la clase media cada vez más amplios, castigados por las medidas concretas de la estabilización, que habrían de sumarse a desequilibrios heredados de la guerra y a los primeros avisos de la Depresión. Y, aunque los resultados de 1928 no dieron al nazismo más apoyo que el que podía obtener a través de un mensaje esencialmente *völkisch*, la rectificación de su estrategia, coincidiendo con la gran crisis económica, habría de permitirle recibir las rentas electorales que difícilmente habría adquirido en los márgenes de un discurso racial estricto. El desplazamiento del voto nazi hacia el norte indicaría el cambio de carácter de su proyección social, adaptado al de un movimiento populista, antidemocrático y antisocialista de la clase media, y la distinta percepción que ganaría en sectores muy amplios de la población, que lo verían como encarnación del mito de la *Volksgemeinschaft*, del «socialismo alemán» que había defendido la pretendida izquierda nazi a mediados de los años 20. Convertido ya en un partido de masas, el NSDAP podría recibir el apoyo de unas clases dirigentes que buscaban algún tipo de salida autoritaria, haciendo que la crisis les permitiera rectificar los márgenes de negociación social impuestos por la revolución de noviembre. El siguiente paso, a medida que se profundizara en la crisis y fueran fracasando los esfuerzos de

²⁸ Los problemas de carácter internacional y, en especial, el referéndum sobre el Plan Young, jugarían un papel fundamental en la expansión del nazismo en el ámbito de la derecha radical alemana en el periodo 1929-1930. Acerca del proceso de fascistización de la misma, son muy interesantes las reflexiones de G. Eley en «Conservatives and radical nationalist in Germany: the production of fascist potentials, 1912-1928», en M. Blinkhorn (ed.), *Fascists and conservatives*. Londres, 1990, pp. 50-70. Sobre Hugenberg, véase la biografía de J. Leopold, *Alfred Hugenberg. The radical nationalist campaign against the Weimar Republic*. New Haven, 1977, especialmente pp. 84 y ss. También, acerca del esfuerzo para hacer del DNVP el partido-eje del proyecto autoritario de la burguesía, H. Holzbach, *Das «System Hugenberg». Die Organisation bürgerlicher Sammlungspolitik vor dem Aufstieg der NSDAP*. Stuttgart, 1981. Existen dos viejas monografías sobre el DNVP que, lamentablemente, se cierran en 1924: L. Hertzmann, *DNVP. Right Wing Opposition in the Weimar Republic, 1918-1924*. Lincoln, 1963, y W. Liebe, *Die Deutschnationale Volkspartei, 1918-1924*. Düsseldorf, 1966. Es relativamente útil el trabajo de D.P. Walker, «The German Nationalist People's Party. The conservative dilemma in the Weimar Republic», *Journal of Contemporary History*, 14, 1979, pp. 627-647. Sobre el plebiscito en torno al Plan Young puede verse O. Jung, «Plebiscitärer Durchbruch 1929. Zur Bedeutung von Volksbegehren und Volksentscheid gegen den Youngplan für die NSDAP», *Geschichte und Gesellschaft*, 15, 1989, pp. 489-510.

rectificación presidencialistas, iría orientado a la conquista de las reservas de voto aún presente en los pequeños partidos específicos, y al vaciado final de los grupos liberal-conservadores, factores que permitirían al nazismo superar el resultado de 1930 para convertirse en el primer partido del país dos años más tarde.